

El dinosaurio y el lápiz de labio

Por Patrick Murray

Estaba frente al espejo. Sentía su transpiración a través de los casi dos millones de poros que poseía. El calor de la habitación invadía cada milímetro de su cuerpo. Aparecían algunas gotas de sudor detrás de sus orejas, recorrían su cuello hasta caer en sus hombros; otras, se acumulaban en el inicio de su frente para luego juntas hacer camino por su rostro. Su pecho se iba humedeciendo. Percibía todo, pero como un testigo, como alguien ajeno. Su olor, su cabello oscuro, su piel cobriza, sus manos y pies grandes y torpes, sus labios delgados y rojos, sus ojos marrones pardos, su esbelta figura, todo su cuerpo en realidad no era suyo. No le pertenecían, debían ser de alguien más. Hubo una equivocación y el cuerpo, el olor, el cabello largo, la piel cobriza, las manos y los pies más pequeños, finos y hábiles, los labios aún más finos, los ojos y la figura esbelta tuyas las tendría otra persona que se debía sentir igual que él. ¿No podía acaso la naturaleza equivocarse?

¡No!, hubiese respondido su padre. “La naturaleza es perfecta”, le había escuchado decir cientos de veces cuando este contemplaba un paisaje o algo minúsculo como los dientes de un maíz que encajaban unos con otros. No era cierto, era la peor mentira o la peor ignorancia. Estaba seguro que la naturaleza se mostraba perfecta en ocasiones, como el verde infinito de la Amazonía del Perú o, para ser más banal, los increíbles abdominales de su instructor de gimnasio, para luego mostrar todo lo malo, toda la desgracia, sobre todo humana, de un solo golpe. La naturaleza, dios o quien disponga de tal decisión de asignar a determinada alma un elemento físico se equivocaba y muchas veces.

No era Ariel quien debía retractarse. Era el error de la voluntad suprema. Error o capricho. Sí, un capricho y no era suyo, sino de quién o qué haya decidido darle a Ariel un cuerpo de hombre por uno de mujer.

Sea cual fuese la razón, desde un inicio se le negó vivir como debía, desde cuando estaba en la barriga y sus padres, siempre ingenuos, consultaron al médico si era niño o niña. La respuesta lo sentenció. ¿La culpa entonces era del doctor? No, de nuevo. Era lo que sus ojos veían y él no podía imaginar— porque nadie puede, porque es una ofensa para los padres y para el nuevo ser— siquiera considerar que un recién nacido será gay. Y gay, por no decir algo más ofensivo.

Pero sí fue culpa de sus padres no aceptar lo que sucedía con su hijo. Porque cuando tenía solo 5 años, papá le corregía con gritos aquellos movimientos y ademanes que resultaban muy femeninos. “¡Habla fuerte, como hombre!”. “¡Cierra los puños cuando camines!”. A esa edad, ya sentía aquel caos en su cuerpo, las partículas que lo componían estaban

desordenadas, pero no sabía qué le sucedía, solo que era diferente a los demás. No podía dejar que se notara. Nadie debía darse cuenta que a veces se quedaba mirando con envidia cómo jugaban las niñas con las muñecas.

Y a los 11, su madre lo encontró en su cuarto usando su lápiz de labio. No era la primera vez que lo hacía. Para Ariel era maravillosa esa sensación, era algo mágico: en un instante dejaba de ser un jovencito y se convertía en una mujercita. ¿Cómo se lo iba a explicar a su madre? ¿Acaso lo iba a entender? Lo único que pudo hacer fue aceptar la cachetada y que el rojo dolor invada su rostro. Probablemente, su madre creía que aquel recurso que tanto había visto en las telenovelas solucionaría el problema. Inmediatamente después del golpe, le amenazó con contarle a su padre si lo volvía a hacer y le advirtió que a los maricones los mataban en las calles y que nadie los quería. Él le asintió asustado.

Ahora era diferente. Se encontraba solo, por fin solo, en su propio departamento, uno pequeño y un poco sucio. Era la primera vez en toda su vida que se encontraba en un espacio solo para él.

Se miraba al espejo sin reconocerse. Era sobre todo ese elemento de su entropiada que sentía más ajeno. Cerró los ojos, como lo hacía de niño esperando que aquello que temía o simplemente no le gustaba desapareciera, y los abrió para ver si de pronto su sexo ya no estaba o, más bien, cambiaba por el verdadero, por el que debía ser. Pero estaba, seguía ahí como el dinosaurio de ese cuento insignificante, de siete palabras, de cuarenta y cinco caracteres de Augusto Monterroso. ¡Maldito dinosaurio!

Se miró al espejo y comenzó. Conocía muy bien el proceso desde que vio por primera vez a su madre hacerlo. Tomó un hielo y lo envolvió en un paño y se lo pasó por el rostro. Sus poros se cerraron. Echó un poco de base líquida en sus manos y se la esparció en la cara y el cuello. Hizo lo mismo con los polvos para sellar el maquillaje. Luego, las sombras oscurecieron sus párpados. Pasó el delineador, con su mano un poco temblorosa de la emoción, por todo el contorno de sus ojos; la máscara negra de pestañas una y dos veces para darles mayor volumen; el rubor, sobre sus cachetes. Por fin, tocó el turno del lápiz labial mágico.

Se contempló en el espejo, pero el lápiz rojo ya no tenía el mismo efecto que cuando tenía 11. Ya no era suficiente. Seguía sin ser él o, más bien, ella.

La culpa era sin duda de eso que continuaba colgando. Lo miró con odio y, de pronto, parecía que comenzaba a hincharse. No parecía, estaba hinchándose y creciendo. No se trataba esta vez de un simple estímulo o excitación, su miembro crecía inconteniblemente.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco minutos después, estaba por tocar el piso. Era otra desgracia de la naturaleza, del maldito dios. Ariel tenía que deshacerse de él con sus propias manos y en ese mismo instante antes que continuara creciendo. Decidido, se dirigió a la cocina, se arrastró hacia ella porque el peso era cada vez mayor. Tomó un cuchillo, lo hundió en la piel y, como extrañamente no dolió, continuó cortando. La excitación de acabar con él, con el dinosaurio, con todo lo que significaba ser hombre, después de tantos años, era el mejor analgésico.

Cuando acabó, el departamento estaba inundado de sangre, pero Ariel no lo podía notar. Se echó en la cama, cerró sus ojos y llevó sus manos en la herida. Sonrió eternamente.